

**Frenk, Margit. *Entre la voz y el silencio*
Alcalá de Henares, Biblioteca de Estudios Cervantinos, 1997, 148 páginas.**

Este libro vuelve a abordar una problemática crucial para el estudio de nuestra cultura: el pasaje de la oralidad a la escritura que se inicia en el universo vernáculo europeo a partir del siglo XII y que continúa desarrollándose hasta muy avanzados los tiempos modernos, inclusive mucho después de que las prácticas manuscritas fueran reemplazadas por la novedosa tecnología que constituyó la difusión impresa y el acceso de los textos a un público masivo.

En el marco de la ecuación oralidad/escritura como una constante de la cultura occidental, Margit Frenk focaliza su análisis en un período específico, el Siglo de Oro español, y en una modalidad particular, la pervivencia de prácticas orales o vocalizadas en un momento de la historia en que la escritura se imponía en el ámbito de la cultura institucional. A partir de una nutrida documentación se estudia la incidencia de la voz en la difusión de la escritura, y se afirma que la lectura silenciosa, como hábito generalizado, es un fenómeno muy moderno que no puede retrotraerse más allá de fines del siglo XVIII o principios del XIX. Antes de imponerse, la lectura silenciosa convivió con la lectura en voz alta y con otras modalidades de oralización colectivas que se estudian detenidamente en la presente obra.

Entre la voz y el silencio, organizado en una presentación y siete capítulos, compendia y a la vez sintetiza las investigaciones que Margit Frenk viene desarrollando en esta orientación en las últimas décadas, surgidas, tal como ella misma señala, de sus especulaciones sobre las causas del éxito del teatro del Siglo de Oro entre el vulgo, a pesar de su complejidad textual. Se parte de la hipótesis de que ese vulgo estaba desde mucho antes en contacto oral con la literatura, y dicha hipótesis se comprueba con referencias textuales a lo largo de las páginas del libro.

El primer capítulo aporta una visión diacrónica del proceso de pasaje de la oralidad a la escritura y los restantes capítulos abordan desde diferentes ángulos los inicios de este período de transición en España. A partir de la remisión precisa y la lectura crítica de los autores clásicos que estudian la oralidad en la cultura occidental (Walter Ong, Paul Zumthor, H. Chaytor, Jack Goody y Marshall McLuhan, entre otros), Frenk comienza destacando la importancia de la lectura oral desde la Roma imperial como medio de difusión de la literatura, con la intención de contrarrestar la primacía que el universo de la escritura tuvo posteriormente en occidente, hasta el extremo de pensar el lenguaje, y especialmente la función estética del lenguaje, sólo en términos escriturales. “El imperio de la voz” continuó su hegemonía durante la Edad Media en doble sentido: a través de una cultura oral que vivía entre las grandes masas iletradas (y que sólo excepcionalmente se puso por escrito, aportando un conocimiento indirecto e insuficiente), y a través de las prácticas orales de lectura que transmitían los textos escritos a letrados e iletrados. Leer siempre está relacionado con oír en variados testimonios medievales, tal como lo demuestra la cita de Dante en la *Divina Comedia*: “O tu che leggi, udirai” (Infierno, XXII, 18), ya que el propio lector leía a través de sus oídos.

En los siglos siguientes al sedentarismo, y los procesos de sedentarización en su conjunto, determinaron la necesidad de llevar registros y con ellos el desarrollo de la escritura. De todos modos siempre esta cultura primitiva debe considerarse muy cercana a la oralidad y la vocalización, tal como consta en su plasmación manuscrita y también en su fijación impresa. El componente oral no es un mero agregado de estos textos sino que es factor que los determina, que los estructura, dando lugar a una especial organización del pensamiento y de la expresión. Frenk llega por este camino al concepto de *performance* que traduce como *performance* (aunque personalmente prefiero el término en inglés, ya que considero que la transformación no es inocua y que, por otra parte, el término híbrido resultante no tiene un significado claro en el paradigma castellano). En este sentido, se conecta la oralidad con la importancia de la actuación y la teatralidad, en una línea que conduce a apreciaciones sobre el significado del cuerpo y la materialidad de la voz. Con el propósito de reforzar la hipótesis de partida, en este punto se citan algunas reliquias léxicas que dan cuenta de este hábito, como el uso de los verbos “decir” y “hablar” referidos a textos escritos, hasta que dos transformaciones fundamentales finalmente se operan: “por un lado, se pasa de la experiencia colectiva a la individual y solitaria (privada), por el otro de la lectura en voz alta (que puede ser individual) a la silenciosa”. (p.20).

Una vez realizada la visión diacrónica de la oralidad, poniendo esencial interés en la Edad Media española, Margit Frenk pasa al análisis de la problemática en el período que le interesa especialmente: el Siglo de Oro, con el objetivo de demostrar que las lecturas orales abarcaban a un público procedente de todos los estratos. Para dirigirse a ese vasto espectro receptor, los escritores del Siglo de Oro apelaron a los recursos de una situación comunicativa completa que incluía la voz,

gestualidad y la corporalidad plena. Este es el propósito de la afirmación “escribo como hablo” del humanismo renacentista y es también la “riquísima oralidad típicamente cervantina”: adopción y recreación de los recursos del narrador callejero. Los escritores de la época pensaban en una conversión de las letras en sonidos, los textos imaginaban la situación medieval de *performance* que aún estaba muy presente como modelo comunicativo. Durante el Siglo de Oro los términos lector y oidor eran prácticamente equivalentes, ya que la literatura entraba por el oído y constituía un entretenimiento colectivo que extendía su metodología hasta la historiografía y las prácticas epistolares.

En el capítulo III se realiza un análisis de los tratados de ortografía del siglo XVI para concluir con la importancia que se le daba a la palabra pronunciada: para los gramáticos de la época la letra designaba dos fenómenos diferentes de los de nuestra perspectiva actual: la figura gráfica y el sonido; la escritura se representaba imbuida de sonido. Frenk también llamaba la atención acerca de un fenómeno muy extendido en la época constituido por el lector que no entiende lo que lee a pesar de que es capaz de hacerlo de manera inteligible; en esta misma línea, la puntuación está dirigida a la comprensión auditiva de los textos. En el período descrito, el lector no tenía otra función que mediar entre el texto y los oyentes, representando, en este sentido la reencarnación del juglar medieval.

En los capítulos siguientes (IV, V y VI) se analizan citas en las que “leer”, “mirar”, “oír” y “escuchar” son empleados casi como sinónimos, en tanto términos equivalentes relacionados sin duda con el hábito generalizado de leer en voz alta. A continuación se estudia la divulgación oral de los textos líricos en el Siglo de Oro, a los cuales se les asigna una suerte de apertura y vida en variantes, que de todos modos considero muy alejada del universo poético tradicional. A modo de ejemplo, se edita un poema de Lope de Vega, “Sale la estrella de Venus”, para el que abundan los testimonios de difusión a través del canto: ocho fuentes del texto completo (cinco impresas y tres manuscritas) y se estudia la importancia del manuscrito poético, en tanto “cómplice” de la memoria.

En el último capítulo, “el lector silencioso”, pasa a considerarse la otra práctica de lectura que finalmente se impone victoriosa en la contienda cultural: la lectura silenciosa que, a pesar de estar documentada desde la antigüedad (se retoma el tantas veces citado testimonio de San Agustín en el siglo IV), mantuvo su carácter extraño y excepcional durante la Edad Media. En el Siglo de Oro ambas modalidades conviven: la autora destaca que mientras Cervantes era sin lugar a dudas un lector silencioso, como lo es Don Quijote (aunque el mismo texto da cuenta de la importancia de la lectura oralizada y colectiva en las afirmaciones del resto de los personajes), otros escritores como Lope o Mateo Alemán se debatan entre prácticas viejas y prácticas nuevas de lectura.

Margit Frenk cierra sus reflexiones señalando acertadamente que el camino de la voz al silencio es también el del grupo hacia el individuo, el del afuera hacia el adentro. Durante el Siglo de Oro, después de un siglo y medio de existencia, la imprenta está cambiando los modos de percibir la literatura. El juglar, el clérigo y el retablo requieren de ambientes públicos, exteriores, mientras que el libro, la imagen impresa, convierten a la casa en espacio individual de cultura aislada. A comienzos del siglo XVII poeta y narrador comienzan un idilio con su receptor a través de las letras de molde y leer se transforma en oír con los ojos.

A modo de conclusión diré que este libro tiene la virtud de instalarnos una vez más en la difícil (y útil) situación de deconstruir nuestras prácticas culturales para comprender mejor otros períodos de la historia, en este caso el Siglo de Oro. A partir de un extenso corpus textual y la incorporación constante de reflexiones críticas referidas a un vasto caudal de bibliografía teórica muy actualizada que Frenk discute a lo largo del libro (incluye más de trescientas entradas), el lector encuentra nuevas herramientas para comprender no solamente un momento clave de la lectura hispánica sino también sus proyecciones temporales y espaciales que llegan hasta el presente.

Gloria B. Chicote